



*Amor, sexo y feminidad
en el pensamiento anarquista.
La idea de la emancipación femenina
de dos anarquistas emblemáticas:
Emma Goldman y Federica Montseny*

por Susana Sueiro Seoane

RESUMEN: Este texto pone en relación a dos mujeres anarquistas. Una, española, Federica Montseny, y otra, rusa, emigrada a los Estados Unidos, Emma Goldman. Ambas se conocieron personalmente gracias a un amigo común, el historiador austriaco Max Nettlau, que animó a Goldman a visitar España, país que a él le había cautivado. Expulsada de los Estados Unidos, e instalada en la costa francesa, Goldman, exhausta tras la escritura de su autobiografía, decidió seguir el consejo de su amigo. A finales de 1928, visitó Barcelona y conoció a la familia Urales y a Federica. No parece que congeniaran. Aunque tenían mucho en común, también eran muchas las ideas y experiencias que las separaban. Como pretendo demostrar, a pesar de que Goldman y Montseny compartieron su compromiso anarquista y, en su condición de mujeres, también la lucha por la emancipación femenina, las procedencias familiares, las experiencias vitales, las circunstancias personales, influyeron decisivamente en las diferentes perspectivas ideológicas y políticas de ambas. Defiendo aquí que la causa de la liberación sexual y, en general, el problema del sexo, fue mucho más central en la vida y en la obra de Goldman que en las de Montseny. Goldman fue mucho más audaz, se atrevió a llevar al debate público temas que pertenecían a la intimidad, a la esfera privada de la gente, y de ahí que sea una figura más atractiva para las nuevas generaciones que Montseny.



PALABRAS CLAVE: Federica Montseny; Emma Goldman; Max Nettlau; emancipación femenina.

ABSTRACT: This text compares two anarchist women. The one, Federica Montseny, a Spaniard and the other, Emma Goldman, a Russian émigré to the United States. Both met each other in person thanks to a mutual friend, the Austrian historian Max Nettlau, who encouraged Goldman to visit Spain, a country that had captivated him. Expelled from the U.S. and installed on the French coast, Goldman, exhausted after writing her biography, decided to follow her friend's advice. Towards the end of 1928, she visited Barcelona and met the Urales family and Federica. It would seem that they did not get along. Although they had much in common, there were also many ideas and experiences that separated them. As I will go on to demonstrate, despite Goldman and Montseny sharing a commitment to anarchism and, being women, also the fight for women emancipation, their family backgrounds, life experiences, personal circumstances, all decisively influenced the different ideological and political perspectives of both. I will argue here that the cause of sexual liberation and, in general, the problems related to sex were much more central to the life and works of Goldman than to those of Montseny. Goldman was far bolder, dared to bring into the public debating arena subjects considered intimate, that belonged to people's private spheres, and this makes her a far more attractive figure for the newer generations than Montseny.

KEY WORDS: Federica Montseny; Emma Goldman; Max Nettlau; women emancipation.

Voy a presentar a dos conocidas mujeres anarquistas. Una, española, Federica Montseny (1905-1994), dirigente emblemática del movimiento obrero español; otra, Emma Goldman (1869-1940), judía nacida en Rusia, en la actual Lituania, que siendo muy joven emigró a los Estados Unidos, convirtiéndose en la figura más relevante del anarquismo norteamericano de principios del siglo XX. Goldman ha sido objeto de multitud de estudios y biografías. Su redescubrimiento tuvo lugar a partir de los años sesenta con la emergencia de nuevos movimientos sociales, como el movimiento de emancipación de la mujer o Mayo del 68. Llegó a convertirse en un icono de la izquierda norteamericana; su nombre, su retrato y sus palabras adornaron camisetas, banderas y carteles, recordándola como una gran agitadora y luchadora por la libertad. La primera biografía de Goldman fue la de Drinnon (1961). El hallazgo de su correspondencia amorosa con uno de sus amantes, Ben Reitman, dio lugar a una nueva biografía (Falk 1984). La biografía más citada es la de Wexler (1984 y 1989, 2 vols), pero existen muchas más (Salomon, Morton, Chalberg, Frankel, Moritz). Se ha hecho una exhaustiva recopilación de sus escritos (Shulman, Drinnon, Glassgold, *The Emma Goldman Papers Project*). La Universidad de Berkeley, California, publicó una completísima y muy interesante recopilación de documentos de y



sobre Goldman -cartas que escribió y recibió, reseñas de sus conferencias en la prensa, informes policiales sobre la vigilancia de la que fue objeto, así como sobre sus diversas detenciones, etc.-, con una introducción de Falk. También se han realizado películas documentales (Coleman Romalis, Mel Bucklin), e incluso se ha publicado una historia de su vida e ideas en forma de comic (Rudahl). Sus detractores la llamaron "Emma la Roja", "la mujer más peligrosa de América". Para sus admiradores, en cambio, fue la revolucionaria más auténtica y radical, y la mujer más moderna y avanzada del siglo.

De Federica Montseny, "la indomable", título de su novela de tintes autobiográficos, existen varias solventes biografías (Tavera, Lozano). Sería también conocida con el sobrenombre de "la leona" por la fuerza de su carácter y su oratoria. En España, durante la guerra civil, los anarquistas ejercieron una influencia que jamás habían tenido en ningún otro país. A pesar de que rechazaban toda noción de gobierno y de poder político, en aquella coyuntura tan especial, de lucha contra el fascismo, cuatro anarquistas, entre ellos Federica, accedieron a formar parte del gobierno presidido por el socialista Largo Caballero, entre noviembre de 1936 y mayo de 1937. Fue la primera mujer en la historia española que ocupó una cartera ministerial, lo que le dio una extraordinaria proyección en la escena pública, tradicionalmente reservada a los hombres, más aún en una sociedad tan tradicional como era entonces la española.

Federica y Emma se conocieron personalmente gracias a un amigo común, el historiador austriaco Max Nettlau (1865-1944), intelectual anarquista de cultura enciclopédica, entregado al estudio de la historia del anarquismo y de la vida de Bakunin en los archivos de Londres, París y Berlín. Nettlau llegó a tener con Federica y sus padres - los conocidos anarquistas Joan Montseny (Federico Urales) y Teresa Mañé (Soledad Gustavo)- una amistad íntima y directa. Colaboró en la revista de los Urales, *La Revista Blanca*, desde muy pronto (Montseny, *Mis primeros* 46, Lozano 95), que tuvo dos etapas, madrileña (1898-1905) y barcelonesa (1923-1936), y fueron ellos los que le animaron a viajar a Barcelona para buscar información para su libro sobre la Primera Internacional. A finales de abril de 1928, Nettlau se instaló durante casi seis semanas en casa de los Montseny, que le acompañaron en un viaje por Cataluña. Se sintió muy reconfortado por la "irreprimible vitalidad" y el gran espíritu de los muchos militantes anarquistas españoles que conoció y siempre recordó aquella estancia como uno de los acontecimientos más agradables de su vida. Tenía entonces 63 años. Federica se refiere mucho en sus memorias a Nettlau. Recuerda que su físico, típicamente ario, era imponente, con su metro noventa de estatura, sus ojos azules y su larga barba blanca, que había sido rubia (Montseny *Mis primeros* 82). Desde 1928, cada primavera viajó a Barcelona y se alojó en casa de los Montseny/Urales. Estaba con ellos en Barcelona 18 de julio del 36 cuando estalló la guerra civil.

Tras su primera visita, Nettlau animó a su amiga Emma Goldman, con quien mantenía asidua correspondencia desde que se conocieron en Londres en 1900, a visitar un país que a él le había cautivado. Goldman vivía por entonces en el exilio. En 1919 se había visto forzada a abandonar los Estados Unidos, el país donde había vivido más de treinta años y donde su actividad había llegado a tener gran resonancia. Su última actividad en aquel país fue la creación de la Liga contra la Ley de Reclutamiento Forzoso en los años de la Primera Guerra Mundial, que la llevó en 1917 a la cárcel, donde se encontraba cuando estalló en Rusia la revolución. Tras años de acoso policial, de denegación de permisos para dar conferencias, de multas y fianzas, finalmente las



autoridades norteamericanas de emigración, que tanto habían insistido en considerarla una "ciudadana extranjera indeseable", lograron su objetivo de expulsarla. Fue deportada a Rusia junto con otros 250 inmigrantes anarquistas y radicales, entre ellos su íntimo amigo Alexander Berkman.

En Rusia, Goldman y Berkman sufrieron una terrible desilusión por el giro autoritario de la revolución, la concentración de poder en manos del Estado y la supresión de disidentes. Era, afirmó, "un despotismo peor del que nadie hubiera podido imaginar, peor incluso que el de los Zares" (Goldman a Nettlau, 13 may. 1931). Este brutal desengaño al comprobar que la utopía bolchevique se había convertido en una "farsa burocrática, represiva e intolerante", la dejó marcada de por vida (Goldman *My disillusionment*, Berkman *The Bolshevik Myth*). En 1922, solo dos años después de haber regresado a su país de nacimiento, ambos decidieron instalarse en Europa, llevando consigo "el sabor amargo de la revolución traicionada" (Porter 25).

Los siguientes quince años fueron difíciles para Emma, los más difíciles de su vida adulta, tanto en el terreno político como en el personal. Estuvo en Alemania, y luego en Gran Bretaña, donde por fin consiguió un pasaporte al aceptar el generoso ofrecimiento de un viejo camarada admirador suyo que se casó con ella para que pudiera recuperar su autonomía de movimientos. Pero el clima húmedo y lluvioso de Londres agravaba su reumatismo y acabó yéndose a la Costa Azul francesa. Su familia y amigos de Norteamérica la ayudaron a conseguir una pequeña granja en St. Tropez, mientras Berkman se instalaba en la cercana Niza. Allí comenzó a escribir, en 1927, de forma muy trabajosa, su autobiografía. No había podido imaginar, al embarcarse en la aventura de escribir sus memorias, lo duro que le iba a resultar revivir tantas batallas perdidas. En una carta a Berkman, a principios de 1929, le hablaba de la dureza de la empresa: "Debería haber sabido que iba a ser una tortura revisar el pasado. Ahora lo estoy pagando" (Falk *Introduction* 4). A finales de 1928, Emma, que necesitaba desesperadamente un respiro en aquella extenuante labor de escritura, decidió seguir el consejo de Nettlau de viajar a España y pasó allí tres semanas.

España no era para ella un país desconocido. Su internacionalismo anarquista la había llevado desde muy joven a querer conocer la situación de sus camaradas del resto del mundo. En Estados Unidos estuvo en constante relación con los emigrantes españoles y participó activamente en diversas campañas contra la política represiva de los gobiernos de la monarquía de Alfonso XIII, en concreto a raíz de las brutales torturas a los presos de Montjuic, "el castillo maldito" en 1897, y a raíz de la ejecución del pedagogo Ferrer y Guardia tras la Semana Trágica de Barcelona de 1909. Fue cofundadora de La Asociación Ferrer en Nueva York, en 1910 y escribió un conocido ensayo, *Francisco Ferrer and the Modern School*, incluido en su libro *Anarchism and Other Essays* (Sueiro Seoane, *El asesinato*).

Por recomendación de su amigo, Emma visitó en Barcelona a los Urales y conoció a Federica. Esta dice en sus memorias que Goldman llegó a casa de sus padres acompañada por unos periodistas americanos, y que "la primera impresión no fue buena" (Montseny, *Mis primeros* 83). En realidad, no es de extrañar que no se cayesen bien. Son muchas las ideas y experiencias vitales que las separan.

Y, sin embargo, tenían también mucho en común. Ambas eran mujeres fuertes, enérgicas, vitales, de carácter decidido y emprendedor. Ambas tenían el don de la elocuencia. Excelentes oradoras y propagandistas, se embarcaron en múltiples giras de



conferencias a lo largo y ancho del país, en Estados Unidos una, en España la otra; en sus frecuentes viajes de propaganda para dar discursos y lanzar mítines, se alojaban solas en hoteles y comían con un libro o un periódico como única compañía al lado de su plato, imagen insólita en la sociedad de aquella época (Lozano 136). Mujeres independientes, que viajaban solas, que daban mítines, eran, en efecto, algo inaudito, e incluso escandaloso, y se dudaba de su feminidad. Una mujer fuerte, independiente y sin miedo “era un extraño fenómeno de la naturaleza, que por fuerza debía tener un carácter anormal y antifemenino” (Lozano 139, Gutiérrez Molina 29). Montseny había podido darse cuenta desde muy joven, en sus giras de propaganda por España, de que muchos de sus compañeros de militancia no podían evitar plantearse serias dudas sobre su feminidad. “Lo mejor que deben pensar de mí es que soy un hombre” (Gutiérrez Molina 41). La gente de los pueblos salía asombrada a ver “a la mujer que habla”. Una mujer que hablase, en la España de los años treinta, se asemejaba a un espectáculo circense, según palabras de la propia Federica (Montseny, *Mis primeros* 69). Por su parte, Goldman, en aquel primer viaje por España, lo comprobó por sí misma y hacía esta reflexión en una carta a su amigo Nettlau:

La actitud de los hombres españoles hacia las mujeres es la más anticuada que me he encontrado nunca. ¡Imagínate, ninguna mujer puede entrar sola en un café sin causar sensación! Entré en uno con la joven esposa del corresponsal americano, ¡si hubiera hecho lo mismo en Alemania hace 50 años no habría causado tan enorme alboroto! El café estaba abarrotado con unos 500 hombres y todos ellos se levantaron para mirarnos como si viniésemos de otro mundo. (IISH, roll 963)

Ambas tenían una capacidad de trabajo asombrosa. Las dos tuvieron una destacada faceta como escritoras de múltiples artículos y entrevistas en la prensa, medio que utilizaron también profusamente para propagar sus ideas. Ambas escribieron una primera parte de sus memorias, que Emma tituló *Living my Life* y Federica, *Mis primeros cuarenta años*. Ambas albergaron la intención de escribir un segundo volumen pues en el primero se quedaban a medio camino de sus vidas, pero ninguna de ellas lo hizo. A pesar de los graves problemas y disputas internas en el seno del anarquismo, a pesar de la amargura que al final de sus vidas albergarán ambas por demasiadas derrotas sufridas, las dos creerán en el ideal libertario hasta su último aliento, Goldman en su exilio de Canadá, en 1940, Montseny en el suyo en Toulouse (Francia), en 1994.

En su condición de mujeres, Goldman y Montseny compartieron el interés y la preocupación por el tema de la emancipación femenina. A ninguna de las dos le gustaba el término de “feminismo”, que se asociaba entonces a la lucha sufragista, la cual no era en modo alguno su objetivo como anarquistas. La lucha a favor del voto femenino no podía ser la suya desde el momento en que juzgaban que el gobierno, por su propia naturaleza, era inmoral, corrupto y represivo. Ambas denunciaron el movimiento feminista como elitista y excluyente de la clase obrera, que para ambas era la víctima real de la sociedad. Consideraban que el activismo de esas mujeres de clase media no hacía sino perpetuar las odiosas instituciones que tenían encadenada a la humanidad: el Estado, la Iglesia y la familia. “La verdadera emancipación -afirmó Goldman- no está en las urnas sino en el alma de la mujer”.



El desarrollo (de la mujer), su libertad, su independencia deben venir desde y a través de ella misma. Primero, afirmándose como persona, y no como un objeto sexual. Segundo, rechazando que nadie tenga derecho sobre su propio cuerpo; rechazando tener hijos excepto si quiere tenerlos; rechazando ser sierva de Dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, etc., haciendo que su vida sea más sencilla pero más profunda y más rica. O sea, tratando de comprender cuál es la verdadera sustancia de la vida en toda su complejidad, liberándose del temor a la opinión y a la condena pública. Sólo esto, y no las urnas, liberará a la mujer. (Goldman, *Woman Suffrage* 211)

Una y otra tachaban al movimiento feminista de burgués y reformista, cuya "única ambición es dar a las mujeres ricas la oportunidad de participar más extensamente en el actual sistema de privilegios" (Montseny, *La falta de idealidad* 3). Pero, "los privilegios son injustos, y si son injustos disfrutándolos los hombres, también lo serán si los disfrutaban las mujeres [...]. ¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo siempre!", afirmó (Montseny, *Feminismo y humanismo*). Goldman, por su parte, había caricaturizado a las sufragistas norteamericanas como unas puritanas carentes de humor y totalmente confundidas al presentar a los hombres y las mujeres en dos mundos antagónicos. Para ella, la libertad de la mujer estaba estrechamente vinculada a la libertad del hombre.

La nueva mujer moderna y desinhibida de los "felices años veinte" no era tampoco, en modo alguno, un modelo para ninguna de las dos. Federica, de hecho, criticó de forma explícita la imagen de mujer tipo *garçon*, desenvuelta, rompedora de las normas de género, pero frívola; su aspecto andrógino le desagradaba: "Por rebelión instintiva, por franco instinto de resistencia a toda uniformidad [...], a toda monotonía, [...] tendrá en mí el pelo corto a una resuelta adversaria" (Montseny, *La mujer* 656-659).

El aspecto de Federica, su forma de vestir, era más bien convencional. Emma Goldman tampoco tenía un aspecto de mujer moderna; un periodista que la entrevistó se había sorprendido de que se pareciera mucho a "la mujer de un granjero en un día de compras" y no a la dinamitera y arrojadora de bombas que era la imagen con que solía ser descrita desde que, en 1901, se la relacionara con el anarquista que asesinó al presidente norteamericano William McKinley.¹ A Emma Goldman no le gustaba en absoluto la idea de que la emancipación femenina tuviera que suponer la pérdida de la feminidad y le desagradaba, quizás tanto como a Federica, la moda andrógina de tratar de parecerse lo más posible al hombre. Para Emma, esa mujer "moderna" era "un ser artificial" que debería conseguir "emanciparse de la emancipación", emanciparse de "ese concepto estrecho y muy limitado de emancipación" (*Anarchism* 213-225). La emancipación que ella defendía iba mucho más lejos que la de las mujeres bohemias de Greenwich Village de su época, que practicaban la libertad sexual (Trimberger).

Federica y Emma defendieron a ultranza la libertad y autonomía de la mujer, su derecho a recibir instrucción y a decidir por sí misma. Una y otra hicieron hincapié en la necesidad de su independencia económica, del acceso a un trabajo asalariado en igualdad de condiciones que el hombre. Goldman sostuvo que las mujeres que dependían de los

¹ En realidad, Goldman sólo conocía a Leon Czolgosz, el asesino de McKinley, porque éste había asistido a alguna de sus conferencias. No obstante, le defendió afirmando que era uno más de la legión de oprimidos y explotados por el sistema capitalista, cuya acción era un acto de rebeldía contra un mundo cruel (Sueiro Seoane, *De Johann Most*). Tras el asesinato del presidente, se desató en Estados Unidos una ola de psicosis anti-anarquista. Goldman recibió amenazas de muerte y tuvo que esconderse y cambiar frecuentemente de identidad para evitar ser reconocida, temiendo por su vida.



hombres eran en cierto sentido prostitutas: “La mujer que vive en dependencia económica recibe una paga, aunque sea de su marido legítimo” (Goldman, *The Traffic in Women*). Una vida dedicada sólo al hogar y al mundo doméstico, “confinada entre las cuatro paredes de su casa”, era castrante, por más que muchas veces el trabajo lo fuese también, y que fuese habitual que la mujer cambiase “la estrechez y falta de libertad del hogar por la estrechez y falta de libertad de la fábrica, la tienda o la oficina”. Hogar y fábrica eran para la mujer prisiones, pero los barrotes del hogar –afirmó– eran más gruesos que los de la fábrica (Goldman, “Marriage and Love”, *Anarchism* 233). Sin embargo, desgraciadamente, muchas mujeres los veían como “barrotes de oro, cuyo brillo las cegaba, impidiéndoles ver el precio que debían pagar como esposas, madres y amas de casa” (Goldman, *Anarchism*, 224).

Como Goldman, Federica también se preocupó e incluso mostró predilección –si bien sólo en su juventud– por la cuestión femenina y la necesaria lucha contra “el exceso de masculinismo de nuestro movimiento”. Debatió sobre estos temas en una serie de artículos publicados en *La Revista Blanca* con el título “La mujer, problema del hombre”, recogidos posteriormente en un folleto titulado *El problema de los sexos*. Además, desde muy joven escribió en las colecciones de novelas cortas populares como “La Novela Ideal” o, luego, “La Novela Libre”, ambas de la editorial familiar, de aparición periódica y precio asequible, que alcanzaron en los medios obreros un éxito impresionante. A través de las protagonistas femeninas de estas novelas, Federica expresa su concepción de cómo debía ser la mujer: libre, con autonomía sexual, instruida para poder decidir por sí misma, independiente económicamente. Ella misma, lo que ella quería ser, se traslucía en esos retratos femeninos. Clara, la protagonista de *La Victoria*,² es el prototipo de mujer emancipada, culta, alegre, que escribe, da clases y conferencias, y aspira a ser conductora de masas y luchadora por el ideal. Tiene varios pretendientes, pero ninguno de ellos la deja ser como ella quiere ser; temen su fortaleza, su energía e independencia, que les parece excesiva; prefieren a una mujer dulce y tierna a la que poder adorar y poseer en cuerpo y alma (Calvo Pastor 81-98).

Yo quiero –ponía Montseny en boca de Clara– el respeto y el reconocimiento de mi personalidad. Yo quiero un hombre, no un verdugo ni un vasallo. Y he aquí lo que no saben ser los hombres. Yo quiero un amigo, un camarada, unido a mí por afinidad de caracteres, de amor y de gustos.

Esto mismo podía haber dicho Goldman que, de hecho, plantea muchas veces en su autobiografía la propensión de sus amantes a poseerla y a no dejarla volar libremente. Al final, Clara, que no se resigna a ver coartada su libertad, paga con la soledad el precio de su independencia. Estas novelas de Federica dieron lugar, al ser publicadas, a una reacción muy negativa, sobre todo por parte de los hombres del movimiento libertario, incluido el que sería su compañero, Germinal Esgleas. De hecho, las polémicas en torno a estas novelas tuvieron más eco dentro que fuera del movimiento anarquista. Aunque la escritora feminista Carmen Alcalde subraya su calidad literaria, lo cierto es que son más los que creen que son obras que carecen “de cualquier valor que no sea el sociológico” y “responden a un esquema teórico muy simplista”, al modo de “los folletines socializantes del siglo XIX”, sin duda “atractivos para obreros autodidactas” (Gutiérrez Álvarez). Las principales críticas provenían de medios obreros. Los hombres “de ideas avanzadas”, que

² Esta novela, por su mayor extensión, no se publicó en la colección de la Novela Ideal.



era como se denominaba con frecuencia a los anarquistas, lo eran mucho menos en cuestiones de emancipación de la mujer, que parecía más posible en casa ajena que en la propia, como afirmó Federica (Montseny, *La Victoria* 9), que se vio obligada a defenderse del alboroto creado en tres artículos titulados “en defensa de Clara”, publicados en *La Revista Blanca* entre abril y junio de 1925, en los que aseguraba que Clara no mostraba egoísmo e incapacidad de adaptación, como decían sus detractores, sino positiva reivindicación de su independencia e individualismo femenino.

Por entonces, Federica conocía ya la labor y la obra de Emma Goldman. El 15 de diciembre de 1924 comentó en *La Revista Blanca* la traducción castellana de su *The Tragedy of Woman's Emancipation*. Goldman había publicado este ensayo en el primer número de su revista *Mother Earth*, en marzo de 1906, como síntesis de sus discursos y conferencias sobre el tema. *Mother Earth*, que consiguió editarse regularmente, lo que no era corriente en las publicaciones anarquistas, se convirtió en “la más influyente revista anarquista de los Estados Unidos de aquella época y quizás de cualquier otra época hasta el presente” (Porter 23). A lo largo de la década siguiente, Goldman publicó en ella sus mejores conferencias y dio a conocer sus ideas sobre una gran variedad de temas a un público que pudo alcanzar los 10.000 lectores. Fue a través de su revista como consiguió una mayor y más perdurable influencia.

Una de las ideas más insistentes de Goldman a propósito de la emancipación de la mujer fue la necesidad de luchar contra “sus tiranos interiores”, “los carceleros de su espíritu”. La idea de que la liberación no sólo debía ser externa sino fundamentalmente interna, psicológica. Según Goldman, la mujer debía oponerse a los convencionalismos externos pero, aún más, a los internos, bastante más dañinos. Sólo cuando confiase en sí misma, reconociera su propia valía, rechazase ser la esclava síquica o económica de su amante masculino, y se liberase del temor al qué dirán, se podría emancipar verdaderamente. Montseny recogió esta idea de Goldman e hizo mucho hincapié en la lucha interna que la mujer debía librar para lograr su autoestima, para llegar a respetarse a sí misma, única forma efectiva de exigir un respeto por parte de los hombres (Montseny, *Feminismo y humanismo*).

Como vemos, Emma Goldman y Federica Montseny comparten bastantes ideas, pero también son muchas las diferencias que las separan.

Una, primera y fundamental, fue el modo en que llegaron a convertirse en anarquistas. El origen y formación de ambas es muy diferente. Esto es importante porque, como pretendo demostrar aquí, a pesar de que Goldman y Montseny compartieron su compromiso anarquista y su lucha por la emancipación femenina, las procedencias familiares, las experiencias vitales, las circunstancias personales, influyeron decisivamente en las diferentes perspectivas ideológicas y políticas de ambas.

La infancia de Emma Goldman fue muy desgraciada. Desde que nació sufrió la opresión, tanto en la esfera política (por parte del Estado ruso contra los judíos), como económica y personal (en el colegio, donde imperaba un severo autoritarismo, así como en el seno familiar donde su tiránico padre –que había querido que Emma fuese varón– la sometió a maltrato físico). Desde pequeña mostró su rebeldía frente a esa atmósfera opresiva, y admiró y leyó con fruición a los autores revolucionarios rusos. Vio en América una vía de escape y allí emigró a los diecisiete años junto con una de sus hermanas. Comprobó enseguida que aquella no era la tierra soñada. En Estados Unidos se convirtió en una obrera inmigrante, cosiendo durante diez horas y media al día en una fábrica de



Rochester por un sueldo miserable. Las condiciones eran peores, si cabe, que las que había soportado en las fábricas de guantes y corsés de San Petersburgo. Cuando sus padres y resto de hermanos llegaron a América y la familia se reunió de nuevo, no pudo seguir soportando el ambiente de la casa familiar, que sentía como una prisión, y decidió casarse con un compatriota inmigrante como único modo de escapar, sólo para encontrarse con una vida marital frustrante, a la que sin duda contribuyó la impotencia sexual de su marido.

Emma llegó a América en 1886, el mismo año en que se produjo la famosa tragedia en la plaza de Haymarket de Chicago (Avrich; Roediger & Rosemont). Alguien arrojó una bomba durante una manifestación en protesta por el violento choque ocurrido el 1º de mayo, cuando la policía arremetió contra los obreros que se manifestaban a favor de la jornada de ocho horas. Varios anarquistas fueron detenidos y, tras un juicio injusto y sin garantías, condenados a la horca, acusados de haber arrojado aquella bomba. De hecho, se desconoce aún quién la lanzó, pero se sabe que no fue ninguno de los acusados. En Estados Unidos, fueron muchos los que nacieron para la causa anarquista el día en que los anarquistas de Chicago, en adelante llamados "los mártires de Chicago", fueron ejecutados. Aquel trascendental suceso, que impresionó hondamente a Emma Goldman, supuso su bautismo como anarquista. Se quedó espantada de que la "libre y democrática América", equiparándose a las "corruptas y opresoras monarquías de Europa, como Alemania, Rusia o España", enviara a la muerte a aquellos inocentes.

Espoleada por aquel acontecimiento, decidió abandonar su infeliz y convencional vida doméstica de mujer casada, así como su extenuante trabajo como costurera en la fábrica de Rochester, y en 1889 se fue sola, con veinte años, a la ciudad de Nueva York donde se unió al movimiento anarquista de los inmigrantes judíos, asociándose sobre todo con el veterano y conocido anarquista alemán Johann Most (1846-1906), y el mucho más joven Alexander Berkman, *Sasha* (1870-1936), inmigrante judío ruso como ella. Empezó entonces su larga trayectoria de activista anarquista.

Federica, en cambio, tuvo una infancia y juventud fáciles y felices. Fue hija única. Otras dos niñas y un niño murieron prematuramente (Rodrigo, *Federica* 46). Sus padres se volcaron en su educación, que no recibió en ningún colegio sino en su propia casa, a cargo sobre todo de su madre que era maestra, en un ambiente intelectual y librepensador, con la extraordinaria biblioteca familiar a su alcance. Las casas en las que vivieron, tanto en Madrid como luego, a partir de los trece años, en Barcelona, eran bastante acomodadas y disponían de huerto y granja. Ella nunca fue una trabajadora asalariada. "Sus condiciones objetivas de vida fueron más bien las de una intelectual pequeño-burguesa" (Culla). Algunos compañeros de la CNT nunca aceptaron de buen grado a los Urales en sus filas. García Oliver habla en sus memorias del "empaque burgués" de esta familia, "que chocaba en nuestros medios proletarios" y se refiere a la petulancia de Urales, al que "gustaba pasear su garbo y su elegancia –alto y bien plantado, con barbita y bigotes a la francesa– por los locales de la Organización" (García Oliver 215). Afirma que vivían en Barcelona en "una casa-torre de una barriada burguesa". A Federica le reprochó que no hubiera jamás vivido la vida de la fábrica, ni del taller (224), y la define como una "liberal radicalizada" (132). Federica completó su instrucción asistiendo a los cursos libres de la Universidad de Barcelona. La suya fue una educación completamente distinta a la de la inmensa mayoría de las mujeres españolas de su época, una experiencia muy particular. Desde pequeña, la militancia anarquista fue para Federica algo natural. Era lógico que, al igual que sus padres, se dedicara a las actividades de publicista. Era lógico también que, al igual que había



hecho su madre, abordase de forma explícita los problemas de la mujer y de las relaciones entre los sexos. Colaboró desde muy pronto, aún adolescente, en la empresa editorial familiar, publicando artículos en *La Revista Blanca*.

Pero no fueron sólo la infancia y la juventud sino sus respectivas trayectorias vitales en la edad adulta las que distancian radicalmente a ambas líderes anarquistas. Uno de los temas en que aparecen más claramente enfrentadas es en el papel que cada una de ellas otorga en su vida (y en la vida de las mujeres en general) a la maternidad. Según Federica, la maternidad es la culminación de las funciones propias del género femenino, la máxima expresión de la diferencia femenina, un imperativo categórico para la mujer. Por más que defendiera el derecho de las mujeres a planificar sus embarazos y dedicarse a otras tareas, aparte de las de criar a una familia, sostuvo que nunca podrían considerarse completas sin desarrollar su faceta maternal. Federica definió a la "mujer sin hijos, árbol sin fruto, rosal sin rosas" (Montseny, *La mujer, problema del hombre III*)

En su vida privada, Federica quiso a todo trance ser madre. En 1933, asistida por una amiga de la familia, cumplía su deseo más íntimo, su gran ilusión, al dar a luz a su primer vástago, una niña a la que llamó Vida, el nombre de la heroína de su novela autobiográfica *La indomable*. Tenía 28 años, ya no era una mujer joven para ser primeriza en aquella época (Lozano 147). La maternidad dio un nuevo sentido a su vida:

No hay plenitud más grande, sensación más suprema de felicidad que esos meses maravillosos en que se asiste, como actor y como testigo extasiado, a la formación de una nueva vida en nuestras entrañas y cuando esa vida se desarrolla y crece en nuestros brazos (...) Creo firmemente que ninguna mujer llega al pleno desenvolvimiento de su personalidad, a la completa eclosión de sus facultades, si no ha vivido ese periodo único en su vida (Montseny, *El problema de los sexos* 84).

Estaba persuadida de que la mujer tenía "un instinto maternal que hace que desee tener hijos y lo juzgo por mí misma. Yo he querido tener hijos y he tenido tres" (Alcalde 144-146).

La idea de que la maternidad es necesaria para la plena realización de la mujer está en muchos de sus escritos y en sus novelas de juventud, en las que las mujeres protagonistas tienen un gran instinto maternal. Son mujeres decididas, valientes, que reivindican "el derecho al hijo" (título de una de sus novelas), que se enfrentan a la moral tradicional, llevan adelante solas su embarazo, saltándose los convencionalismos sociales, y asumen su condición de madres solteras. Los personajes de "solteronas"; en cambio, son mujeres que no se han atrevido a ser libres por temor al qué dirán, "mujeres yermas cuya vida carece de sentido y que colman su instinto maternal a través de los hijos ajenos" (Calvo Pastor 89), como los sobrinos. Al final, la Clara de *La Victoria* se realiza mediante la maternidad fuera del matrimonio. En la segunda entrega, *El hijo de Clara*, la protagonista cría a su hijo sola. En sus escritos, Montseny muestra su predilección por la maternidad asumida en solitario, de forma consciente y voluntaria. Afirma que ni las mujeres ni sus hijos necesitan hombres a su lado; que pueden muy bien valerse por sí mismas; que estar solas puede, de hecho, hacerlas más fuertes. De forma reiterada expresa que ser madre soltera y no convivir con el padre de los hijos es la situación preferible para la mujer. "Por ley natural –afirma– los hijos pertenecen a la madre" con la que tienen vínculos indisolubles.



Ella misma, en su propia vida, no convivió con el padre de sus tres hijos. La madre del que sería su compañero, Josep Esgleas, *Germinal*, había elegido a otra mujer para que se casara con su hijo y no aceptó a Federica, oponiéndose tajantemente a esa relación. No quería de ninguna manera a una mujer anarquista, "de ideas", para su hijo. Él sucumbió a la actitud posesiva de su madre (la cual sufría constantes pesadillas por la trágica experiencia de la muerte violenta de su marido y su otro hijo a manos de unos cabileños que asaltaron su casa cuando vivían en Marruecos) y, a pesar de haber sellado su unión, a la manera libertaria, en 1930, Federica y Germinal no vivieron juntos sino que él permaneció con su madre en Calella, mientras ella vivía en Barcelona con sus padres y, luego, también con sus hijos, aunque Germinal iba con frecuencia a casa de los Montseny. Cuando, en junio de 1938, Federica dio a luz a su segundo hijo, un niño llamado Germinal, la relación con el padre seguía en régimen de separación amistosa, él en Calella con su madre, ella con sus hijos en casa de sus padres en Barcelona. No conviviría la pareja hasta la época del exilio francés, ya en los años cuarenta.

Una de las mejores biógrafas de Federica sostiene que ésta no llevó nada bien la ausencia de convivencia con Esgleas (Lozano 131-133). Otra de sus biógrafas insiste en la pesadumbre de Federica ante esa separación motivada por la debilidad de su compañero y la intransigencia de su suegra (Rodrigo, *Federica* 66). En sus memorias, ella también deja traslucir una frustración que, desde luego, contradecía totalmente como hemos visto, sus propias ideas de emancipación de la mujer. De forma muy explícita había afirmado que la mujer debía "individualizarse" y amar, sí, pero sin convivir con el hombre amado (Montseny *La mujer, problema del hombre IV*), ya que cualquier tipo de convivencia conyugal, ya fuese con matrimonio legalizado o unión libre, era perjudicial para ella por la subordinación y el sometimiento que implicaba con respecto al varón:

La mujer debe convencerse de que el matrimonio legalizado o la unión libre, cualquier norma reguladora del amor y basada en la convivencia, es perjudicial para ella. Fatalmente, engendra el interés creado de la familia, y la familia sólo se basa en la sumisión de uno de los cónyuges (Montseny, *El problema de los sexos* 27).

La familia era una institución nefasta de la sociedad burguesa que en la sociedad futura no existiría. En un régimen de comunismo libertario, sería la comunidad la encargada de cuidar y educar a los hijos. Ella misma vivió en una especie de comuna o "falansterio" en la casa de los Urales (Tavera 67), en la que, aparte de sus padres y ella misma, vivían otros miembros de la familia, así como María Anguera, a la que Federica consideraría como su hermana, y la madre de ésta, Teodora. Sin necesidad de convivir con el padre de sus hijos, Federica consiguió hacer compatible la maternidad con su faceta de militante y propagandista gracias a que tenía su vida bien organizada en la casa familiar, en donde se ocupaban de la crianza y educación de los niños cuando ella tenía que ausentarse (Alcalde 46). Tenía sobre todo la ayuda de su madre, enternecida en su papel de abuela, y de María, su "medio hermana", que permaneció siempre a su lado (Montseny *Mis primeros* 74; Lozano 148). De todas formas, la preocupación constante de Federica por el más mínimo percance que sufrieran sus hijos fue en ella un rasgo dominante. Durante la guerra civil, en el difícil año de 1937, procuraba ir a Barcelona a ver a su hija al menos cada diez días.



Federica, en sus memorias, contrapone su actitud ante la maternidad con la de Emma Goldman, de la que dice que “se hizo girar la matriz” porque creía que los hijos le impedirían llevar la vida de militancia a la que deseaba consagrarse. Dice también que su amigo común, Max Nettlau, “nunca perdonó a Goldman que se hubiese operado para librarse de la maternidad” (Montseny, *Mis primeros* 81). En cambio, el hecho de haber ella querido tener hijos, le hizo a él considerarla más, y escribió efusivas cartas a los Montseny mostrando su entusiasmo por las novelas de Federica, en concreto, por *El hijo de Clara*.

Federica estaba convencida de que Goldman se había operado para evitar ser madre, lo que no es el caso; lo que hizo fue no someterse a la operación necesaria para poder tener hijos. En cualquier caso, sí es cierto que Emma Goldman se distinguió por su inquebrantable decisión de no ser madre. Desde joven padecía la enfermedad de útero invertido. Consultó en Estados Unidos a un especialista que le dijo que solo si se sometía a una operación podría tener hijos. Decidió no hacerlo. Sin embargo, le gustaban los niños, cuidó con cariño de sus hermanos pequeños cuando eran bebés, y luego, cuando trabajó como enfermera, tuvo siempre predilección por atender a niños. Como comadróna, Goldman comprobó la maldición que era para una mujer pobre cada nuevo embarazo. Vio demasiadas infancias desgraciadas. Mujeres rodeadas de hijos no deseados, enfermizos y malnutridos. Su propia experiencia infantil –que no era en absoluto una excepción– había sido desgraciada: “Eran miles los niños no queridos, lastimados y destrozados por la pobreza y, más aún, por la falta de comprensión. Ningún hijo mío se sumaría a esas desafortunadas víctimas” (Goldman, *Viviendo* 188).

Pero la razón más importante para su renuncia a tener hijos fue su total entrega al “bello ideal”; que requería una dedicación absoluta. Goldman describe la causa anarquista como un compromiso semejante al de un sacerdote con la religión. Se compara, de hecho, con el sacerdote que conoció en la prisión de la isla de Blackwell (donde estuvo un año confinada en 1893-94), dedicado en cuerpo y alma a su fe. “Mi propio ideal –dice–, mi fe, estaba en el polo opuesto al de él; pero sabía que era tan ardientemente sincero como yo. Nuestro fervor era nuestro punto en común”.

Para cumplir esa misión, debía permanecer libre y sin ataduras. Años de dolor y de callado anhelo por un hijo... ¿qué eran, comparados con el precio que muchos mártires habían pagado? Yo también pagaría mi precio, soportaría el dolor, encontraría una salida para mi instinto maternal en el amor a todos los niños. La operación no tuvo lugar. (176)

En su autobiografía, Goldman nos cuenta, con descripciones muy intensas y detalladas, su vida sentimental, sus anhelos, sus deseos más íntimos, sus aventuras amorosas. Tuvo amantes sucesivos, y en algún momento simultaneó varios. Por ejemplo, en su juventud, en la época en que conoció y amó a Alexander Berkman, que sería para siempre su gran amigo y compañero, también fue amante de *Fedia* (sobrenombre de Modest Stein, primo de Berkman), otro de los íntimos colegas de aquellos días. Los tres hicieron el pacto de dedicarse a la causa anarquista, dispuestos a dar la vida si era necesario. En sus memorias, Emma afirma:



Mis sentimientos por *Fedia* no guardaban relación con mi amor por *Sasha*. Cada uno despertaba en mí diferentes emociones, me transportaba a mundos diferentes. No experimentaba ningún conflicto, sólo me aportaban plenitud. Le hablé a *Sasha* de mi amor por *Fedia*. Su respuesta fue más grande y maravillosa de lo que había esperado. 'Creo en tu libertad para amar', dijo. Era consciente de sus inclinaciones posesivas y las odiaba, como todo lo que le había dado su educación burguesa. Quizás si *Fedia* no fuera su amigo, estaría celoso. Pero no sólo *Fedia* era su amigo, era también su compañero en la batalla; y yo era para él más que una mujer. Su amor por mí era profundo, pero la revolucionaria y la luchadora significaban más para él. (88-89)

Pero *Sasha* fue una excepción. La mayoría de sus amantes, por muy anarquistas que fueran, no consintieron en compartirla. Johann Most, el legendario anarquista alemán, maestro de Goldman, se enamoró de ella y no soportó que fuera también amante de Berkman. Le pidió que eligiera entre los dos. Los celos llevaron a Most a detestar a Berkman, a quien llamaba "joven imbécil" y "arrogante judío ruso". Goldman siempre luchó contra ese afán de posesión de sus amantes: "¿Cómo se atrevía Most a decir que me quería solo para él? ¿Era yo un objeto para ser tomada y poseída? ¿Qué clase de anarquismo era ése?" (88-89).

Most le escribió en una carta que su amor debía terminar, había conocido a una mujer que no despertaba en él la pasión tempestuosa de Emma, pero que le daba la tranquilidad que ansiaba: "Un hogar, hijos, el cuidado y atenciones que las mujeres normales pueden dar, las que no tienen otros intereses en la vida más que el hombre al que aman y los hijos que le dan, eso era lo que él necesitaba". Releyó la carta, a solas, encerrada en su habitación:

Sabía que yo podía darle hijos si me operaba. ¡Qué maravilloso sería tener un hijo de esa persona única!. Su elección no era fácil, le producía angustia, pero se dijo que no podía abandonar una vida que había decidido consagrar al "Ideal".(88-89)

Sólo Berkman, creía ella, no le pediría nunca un hijo, porque él también vivía para la Causa. Pero la relación amorosa con Alex Berkman iba a quedar muy pronto truncada. A los 21 años fue condenado a 22 años de cárcel como autor de un atentado frustrado, que él y Goldman habían planeado juntos, contra el gerente de una empresa que había reprimido a sangre y fuego a los obreros en huelga. Durante todo el tiempo que permaneció recluido en una prisión de Pennsylvania, en ocasiones al borde de la locura, ella no le abandonó. Muy al contrario, convertida ya en una figura prominente del movimiento anarquista, luchó denodadamente para conseguir la reducción de la pena, y en gran parte gracias a sus esfuerzos recaudando fondos y pagando abogados, Berkman cumplió sólo 14 años de los 22 de condena, pero fueron, en cualquier caso, demasiados años de separación física, a lo largo de los cuales Emma hubo de continuar su vida sin él. Maduró, se afirmó política y personalmente, y se hizo famosa como oradora y como organizadora de diversas campañas radicales, algunas de las cuales la llevaron a la cárcel donde también ella pudo conocer en carne viva las durísimas condiciones de la vida carcelaria.

Durante todos aquellos años de juventud, Goldman tuvo varios amantes. Todos ellos acabaron yéndose de su lado para formar una familia con otra mujer que sería la madre de sus hijos. La relación con Most acabó de forma brusca y muy llamativa, escenificada en público. Cuando Most, que tantas veces había defendido el tiranicidio, repudió en el



transcurso de una de sus conferencias el atentado protagonizado por Berkman, probablemente llevado por los celos, la vanidad y el miedo a ser arrestado como cómplice, Emma no pudo soportarlo, se levantó de entre el público y fue hasta el estrado blandiendo un látigo con el que pegó con furia al conferenciante, llamándole cobarde y traidor. El escándalo de dos líderes anarquistas, amantes, peleándose públicamente, causó sensación y atrajo considerablemente la atención de la prensa (Sueiro Seoane, *De Johann Most* 88).

Con otro de sus grandes amores, Edward Brady, *Ed*, al que conoció cuando él acababa de recobrar la libertad tras ocho años de cárcel en Austria por publicar literatura anarquista ilegal, convivió seis años, desde los veinticuatro hasta los treinta. Él estaba muy enamorado, pero a ella le agobiaban sus cuidados y su afán por protegerla “como si fuera una inválida o un ser dependiente” (*Viviendo* / 151). *Ed* estaba insatisfecho porque ella dedicaba demasiado tiempo a su trabajo. Ella insistía en que deseaba estar junto a él, pero que nunca se dejaría encadenar o enjaular. No podía aceptar sus exigencias, nada le haría renunciar a su libertad, la libertad para hacer su trabajo, que era lo que valoraba por encima de todo (248). La mayoría de los hombres anarquistas del entorno de Goldman creían que la mujer debía ser principalmente madre. Lo cierto es que los sucesivos amantes de Goldman, casi todos de su círculo de camaradas, acabaron emparejados, la mayoría teniendo hijos y con una vida familiar estable. Ninguna mujer –le dijo una vez *Ed* en el curso de una discusión– debía renunciar a tener hijos, la naturaleza la había formado para la maternidad, “todo lo demás son tonterías, algo artificial, irreal” (181); Emma se quedó impresionada cuando él le dijo que ella misma era un claro ejemplo de maternidad insatisfecha, motivo por el cual buscaba un escape en su devoción a la causa del anarquismo (183). Finalmente, *Ed* acabó apartándose de su lado para tener una hija con otra mujer.

Había creído que *Ed* era diferente, pero ahora veía que era como todos. Quizás él también sólo amaba en mí a la mujer, me quería sólo como esposa y madre de sus hijos. No era el primero en esperar eso de mí, pero debía saber que nunca sería eso, ¡nunca! Había elegido mi camino; ningún hombre me apartaría de él (...) La vida con *Ed* había sido plena y gloriosa, pero se acabó; me desperté bruscamente de mi sueño de amor y compañerismo verdadero. (181)

Emma llegó a la conclusión de que, bajo el pretexto de un gran amor, *Ed* había hecho todo lo posible por encadenarla a él, y termina un capítulo de sus memorias subiéndose a un tren para emprender uno de sus múltiples viajes propagandísticos, con esta melancólica imagen:

Cuando el tren avanzó, mientras la figura de *Ed* se empequeñecía, me di cuenta de que nuestra vida nunca volvería a ser la misma. Mi amor había recibido un golpe demasiado duro. Ahora era como una campana resquebrajada; nunca más volvería a emitir su claro y alegre son. (226)

Con otro de sus grandes amores, Ben Reitman, ocurrió lo mismo: terminó reprochándole que no quisiera tener hijos; al final, él realizó su deseo de ser padre con otra mujer. La vida de Goldman fue una constante lucha entre su ideal de un amor libre de toda atadura, por una parte, y su permanente anhelo de una duradera relación íntima. Se debatió en un permanente dilema entre la necesidad de emancipación e independencia y la necesidad de una estrecha vinculación afectiva con un amante. Su lucha contra la



injusticia social y a favor del ideal anarquista, por importante que fuese, nunca mitigó su permanente añoranza de una pasión amorosa, su deseo de intimidad y compromiso con un amante (183). En una carta a su amigo Max Nettlau le decía: "Sí, sin duda soy mujer, demasiado mujer, y esa es mi tragedia. El abismo entre mi naturaleza femenina y la naturaleza de la incansable revolucionaria que hay en mí es demasiado grande para que sea posible que haya mucha felicidad en mi vida (IISH, roll 963). Trataba de convencerse de que "tenía que ser posible para un hombre y una mujer tener una bella vida amorosa y estar dedicados, además, a una gran causa" (184). El amor fue crucial en su vida personal y está también muy presente en su obra. Creía en la fuerza del amor, de un amor en libertad, pero muchas veces se sintió sola, aislada e insatisfecha, una insatisfacción crónica en la búsqueda de ese ideal amoroso. Cuanto más éxito tenía entre las masas, que aplaudían extasiadas sus discursos radicales, más sentía su aislamiento y ansiaba tener cerca a un hombre al que amar.

Pero quizá la época más contradictoria de su vida no fue aquella en que anheló el amor sino cuando lo tuvo. En 1908, a punto de cumplir cuarenta años, conoció a Ben Reitman, que fue el más enloquecedor amor de su vida, el mejor de sus amantes, o, en palabras de la propia Emma, un narcótico que hacía latir agitadamente su corazón hasta el éxtasis, pero adormecía su mente. Ben no era anarquista (aunque trabajaba para aliviar la dura situación de los más desfavorecidos, desde obreros en paro hasta prostitutas, liderando programas de educación, de erradicación de enfermedades venéreas, etc.) y no caía bien en su círculo de camaradas, que le consideraban un excéntrico inconsistente. Berkman le dijo a Goldman en una ocasión que sólo pensar que ella pudiera amar a un hombre como ése le daba risa (Goldman, *Viviendo I* 476). Pero ella persistió en su relación porque, por primera vez en su vida, estaba con un hombre en el que se reunían sus dos grandes aspiraciones: un intenso sentimiento amoroso y una inestimable ayuda para su actividad política. Ben era su amante pero también su compañero de fatigas. "Tenía –dice Emma– gran necesidad de alguien que amase a la mujer que había en mí y que pudiera, al mismo tiempo, compartir mi trabajo. Nunca había tenido a nadie capaz de las dos cosas". Únicamente con Berkman hubiera podido ser también así pero, tras muchos años de separación por el confinamiento de él en la cárcel, su amor se había vuelto casi fraternal; eran, asegura Emma, como "dos hermanos siameses"; se amaban "más con la cabeza que con el corazón". "Sasha sólo había formado parte de mi vida durante un tiempo muy corto y había estado demasiado obsesionado con la Causa para distinguir a la mujer que ansiaba encontrar su expresión" (Goldman, *Viviendo I* 474). Durante diez años, Ben Reitman fue su agente, su ayudante en la revista *Mother Earth*, su acompañante en todos sus viajes, el organizador de sus giras de conferencias. Fue un tándem perfecto; el increíble talento de él para las relaciones públicas hizo posible que la voz de Goldman se amplificase, oyéndose no ya sólo en los limitados círculos anarquistas sino entre sectores sociales mucho más amplios, progresistas y reformistas radicales.

Pero Reitman, diez años menor que ella, dotado de un poderoso atractivo físico, enamoró a otras muchas mujeres y él, por su parte, se sintió irresistiblemente atraído por ellas. Fue incapaz de mantener un solo amor. La promiscuidad de él fue para ella una tortura, un constante sufrimiento que la enfrentó a la contradicción entre su ideal de libertad y su deseo de posesión, a una intensa lucha entre su vida personal y su visión política. En sus memorias no elude la escasa coherencia de que dio muestras en su relación con Ben.



Ser coherente en un mundo de enormes contradicciones no es fácil y, a menudo, yo había sido de todo menos coherente con respecto a Ben. Sus líos amorosos con toda clase de mujeres me habían causado demasiadas agitaciones emocionales para permitirme actuar siempre en consonancia con mis ideas. (Goldman, *Viviendo II* 88)

Sentía por él una pasión intensa y las frecuentes aventuras amorosas de él le hacían sentir unos celos que consideraba contradictorios con las ideas anarquistas que profesaba. En su ensayo de 1915 titulado *Los celos. Su causa y su posible cura*, aseguró que era un sentimiento inaceptable en tanto que afirmación de posesión, de propiedad privada. Emma se sintió deprimida y desgraciada. En una carta de 1909 a Reitman, Goldman afirma:

Mítines, conferencias, lucha por la libertad de expresión, no significan nada para mí, ahora que mi amor, mi vida, mi paz, mi propia alma, están mutiladas. Trabajar contigo, mientras tuve fe en tu amor, significó el gozo más dulce de toda mi vida. Esto puede explicar mi total desilusión y abandono de mi amor por ti. Puede explicar también por qué yo, la mujer que ha sido tratada con respeto por amigos y enemigos, se arrodilló y rogó, imploró, suplicó... No tengo derecho a llevar un mensaje a la gente cuando no hay mensaje en mi alma. No tengo derecho a hablar de libertad cuando yo misma me he convertido en una abyecta esclava del amor. (Jackson, *Letters* 98)

La relación con Reitman acabó deteriorándose irremediabilmente. Tras su ruptura, Goldman siguió añorando a un hombre al que amar y que la amase, un amante que fuese a la vez camarada y compañero, más aún a medida que se hacía mayor. Sirva como ejemplo de este profundo anhelo una carta que escribió a Berkman en 1925: "Me consumo en la añoranza del amor y el afecto de algún ser humano que sea mío. Conozco bien la agonía de la soledad y del anhelo"³ (Drinnon, *Nowhere* 128).

No obstante, estas amargas vivencias hicieron que se interesara aún más por las cuestiones del amor, el matrimonio, la sexualidad, las relaciones de género y la emancipación femenina. La frustración y el fracaso de sus sucesivas relaciones amorosas acrecentaron su preocupación por estos temas (Falk, *Introduction* XIV). La causa de la liberación sexual y, en general, el problema del sexo, fue central en su vida y en su obra, y defendió su importancia frente a muchos de sus colegas que consideraban que el amor y la sexualidad eran temas personales sobre los que no se debía perder el tiempo cuando había otros problemas de una relevancia mucho mayor para el movimiento anarquista. Discutió sobre ello, por ejemplo, con su gran maestro e inspirador, el dirigente anarquista Peter Kropotkin, cuando éste afirmó que las publicaciones anarquistas harían mejor no malgastando tanto espacio en discutir sobre el sexo. Ella, con su habitual sorna, que podía a veces resultar irritante, le respondió: "Vale, querido camarada, cuando haya alcanzado tu edad (ella tenía entonces treinta y él cincuenta y siete), quizá la cuestión sexual ya no sea importante para mí. Pero lo es ahora, y es un factor fundamental en la vida de miles, incluso de millones, de jóvenes".

³ La expresión "alguien que sea mío" (en inglés, "I am consumed by longing for love and affection for some human being of my own") no parece casar muy bien con sus teorías sobre la libertad sexual, que necesariamente implican el rechazo de la posesión emocional; como hemos visto, Goldman era muy consciente de esa contradicción.



Goldman creía en la libertad de todo ser humano para decidir su opción sexual y para experimentar el sexo de la manera que deseara. En la teoría de sus escritos y discursos, tanto como en la práctica de su vida, sus ideas sobre una moral sexual y unos modos de relación entre los sexos alternativos a los imperantes en la sociedad burguesa, resultan tremendamente actuales (Marso). Su idea de la libertad la llevó a una completa aceptación de prácticas sexuales no convencionales. Defendió temprana y abiertamente la homosexualidad (Kissack), combatió en sus conferencias los prejuicios homofóbicos, e incluso algún autor ha insinuado que pudo haber tenido una relación lesbiana con una colega anarquista. Las cartas de su amiga Almeda Sperry muestran unos claros sentimientos de atracción romántica y sexual de ésta hacia Emma Goldman, pero no se sabe si fue correspondida. Si tuvo una relación lesbiana, Goldman nunca lo hizo público ni, en cualquier caso, fue importante para poner en cuestión su orientación sexual, que ella definió como claramente heterosexual. Sea como fuere, desde los Estados Unidos Goldman defendió públicamente a Oscar Wilde, cuya sentencia de cárcel en 1895 en Gran Bretaña consideró “un acto de cruel injusticia y repulsiva hipocresía” por parte de una sociedad puritana. En su autobiografía recuerda sus conferencias de 1915 en los Estados Unidos sobre un tema considerado en aquella época “el mayor tabú” y que algunos de sus compañeros anarquistas le censuraron al considerar que se trataba de una práctica anti-natural:

Argumentaban que el anarquismo era ya demasiado mal comprendido y los anarquistas considerados todos unos depravados, como para que resultara admisible incrementar esos falsos conceptos ocupándose de las perversiones sexuales. Puesto que yo creía en la libertad de expresión, incluso si iba en contra mía, me importaban tan poco los censores de mis propias filas como los del campo enemigo. En realidad, la censura de mis compañeros tenía sobre mí el mismo efecto que la persecución policial: me hacía estar más segura de mí misma, más decidida a defender a todas las víctimas de las injusticias sociales o de los prejuicios morales. (Goldman *Viviendo II* 59-60)

De nuevo, en 1923, Goldman trató extensamente este tema, manifestando una vez más su postura en contra de la estigmatización de la homosexualidad, a propósito de una discusión sobre el supuesto lesbianismo de la famosa anarquista francesa, luchadora en la Comuna de París, Louise Michel.

En los temas de moral sexual, Federica Montseny está muy lejos de la libertad de Goldman. En tanto que anarquista, Federica abominaba –al igual que Emma– del matrimonio, considerándolo sinónimo de esclavitud de la mujer. El matrimonio, civil o religioso –escribió– es “la tumba del amor” (Montseny, *El problema de los sexos* 20). En tanto que anarquista, abogaba por el “amor libre”, pero es éste un concepto que se puede entender y de hecho se entendía de muy diversas maneras dentro del movimiento anarquista. Al igual que muchos anarquistas españoles, Federica entendía el amor libre como la unión entre un hombre y una mujer sin intervención alguna del Estado, sin ningún tipo de sanción legal o consagración religiosa, una unión consciente y libremente elegida de una pareja en la que debía existir afinidad sentimental y espiritual.

No le gustaba nada ni el “amor plural” –las relaciones múltiples y simultáneas– ni el sexo sin amor. Federica rechazaba que una mujer pudiera tener una relación sexual con un hombre sin sentir cariño hacia él. La unión debía cimentarse siempre en el afecto, la



confianza, la afinidad, “como lo fue la unión de mis padres, o como lo ha sido la mía con Germinal” (Montseny a Rodrigo, 16 may. 1978). Para Federica, el amor debía tender hacia el fin principal de la procreación y por ello debía exigírseles a los amantes “entrega, sacrificio y abnegación” (Montseny, *La Revista Blanca*, agosto 1927, cit. por Tavera 85). “La mujer no debe vivir una vida artificiosa, morbosa, de histérica obsesionada por el deseo sexual”, escribió (Montseny, *El problema de los sexos* 27). La experimentación sexual no le interesaba. Manifestó un claro puritanismo en lo relativo a la promiscuidad, lo que no era excepción en el movimiento anarquista español. Las propias mujeres anarquistas consideraban con frecuencia la liberación y la camaradería sexual como una invitación interesada de los hombres a la desinhibición de las mujeres. En España fue raro que las mujeres anarquistas tuvieran más de un compañero a la vez. Las que intentaron tomarse en serio el amor libre, según entrevistas realizadas a muchas de ellas, bien teniendo más de un amante al mismo tiempo, bien abandonando a su amante cuando la relación no les resultaba ya satisfactoria, se enfrentaron al ostracismo social, incluso entre sus amigos y camaradas del movimiento anarquista. La mayoría de ellos se burlaba y denigraba a las mujeres que practicaban el amor libre en el sentido de amor plural (Ackelsberg 210).

La vida amorosa de Federica transcurrió sin sobresaltos ni extravagancias. Federica fue monógama. Así como Goldman no pudo cumplir su persistente anhelo de una relación amorosa de larga duración, la unión de Federica con Germinal fue muy perdurable, pues duró de hecho hasta la muerte de él, cincuenta años después.⁴ Aunque no se casaron, y durante bastantes años ni siquiera convivieron, creo que se puede decir con propiedad que Germinal Esgleas fue su marido. Federica y Esgleas celebraron su unión a la manera libertaria el 7 de junio de 1930. Fue “una fiesta en plena naturaleza con amigos, compañeros y familia, que hizo las veces de rito matrimonial para la joven pareja que se desfloraba aquella noche” (Montseny, *Mis primeros* 42, cit por Lozano 106). La unión libre solía formalizarse mediante algún tipo de ceremonia, se comunicaba el acontecimiento a todos aquellos que pudieran estar interesados, y en ocasiones se inscribía en un registro. Muchas de las uniones libertarias eran así. Uniones monógamas reconocidas formalmente y con un compromiso de fidelidad sexual a la pareja. El intelectual y periodista alemán de simpatías libertarias, Hans-Erich Kaminski, se mostró divertido al descubrir, durante su estancia en España en la guerra civil, que el concepto que tenía Federica del amor libre apenas difería del concepto de matrimonio burgués.

Federica Montseny, quede bien claro, está en contra del matrimonio y a favor de la libre unión. Lo que pasa es que lo que ella entiende por libre unión no difiere mucho de la institución que los burgueses llaman matrimonio. Según ella, si dos personas quieren unir sus vidas, no deben hacerlo sin ningún ceremonial. El acontecimiento debe ser registrado y comunicado a todos aquellos que puedan estar interesados. ¿Amonestaciones matrimoniales e inscripción en el registro civil? No, pero, de hecho, acaba siendo lo mismo. (Kaminski 63)

Federica dijo también a Kaminski, cuando éste la entrevistó, que el instinto maternal de las mujeres era tan potente que sólo en casos muy graves renunciaban al gozo de la maternidad (Kaminski 65; Tavera 278). Tan sublime era su concepción de la maternidad que se declaró contraria a la práctica del aborto, si bien como ministra de Sanidad y Asistencia Social defendió la interrupción legal del embarazo en casos extremos, para

⁴ Murió en Toulouse en octubre de 1981.



evitar la tragedia de mujeres que practicaban abortos ilegales en manos de curanderas que las mutilaban para siempre y en muchas ocasiones acababan con su vida (Lozano 227). No obstante, y por más que se haya atribuido a Federica la iniciativa de promulgar la ley de interrupción voluntaria del embarazo, lo cierto es que el promotor de la legalización del aborto fue el doctor Félix Martí Ibáñez que, en diciembre de 1936, desde su puesto de director general de Salud y Asistencia Social de la Generalitat, la introdujo en Cataluña. En el anarquismo español fueron médicos como Martí Ibáñez o Isaac Puente los que, en los años veinte y treinta, difundieron las teorías de la liberación sexual y el control de la natalidad desde algunas revistas anarquistas como *Generación Consciente* y, sobre todo, *Estudios* (Nash, *La reforma sexual*).

Federica no prestó especial atención a la reforma sexual ni al control de la natalidad, que no tuvieron cabida en su propaganda. Muchos anarquistas, cuya utopía social se basaba precisamente en el retorno a los valores naturales, consideraban antinatural la contracepción. Federico Urales, el padre de Federica, había desaprobado explícitamente el control de natalidad por considerar “mezquino” que el número de hijos se determinase por el sueldo mensual. En cualquier caso, argumentaban, no tendría sentido en la sociedad futura tras la revolución porque dejaría de haber pobres incapaces de criar adecuadamente a sus hijos, los cuales, por lo demás, estarían al cuidado comunitario (Urales).

Es ésta otra radical diferencia entre Montseny y Goldman, ya que esta última hizo de la difusión de los métodos de control de la natalidad una de sus principales luchas. En sus viajes a Europa, se interesó vivamente por las teorías neomalthusianas sobre la limitación artificial del número de nacimientos, un tema subversivo por entonces, y decidió emprender en Estados Unidos, junto a Ben Reitman, una activa campaña en la que estuvo comprometida durante más de diez años. Dio mítines y conferencias, escribió en la prensa artículos, distribuyó folletos informativos sobre anticonceptivos y “limitación de la familia”, una actividad prohibida por ley por la que fue perseguida y detenida, logrando así mayor publicidad para una causa por la que Emma creía que valía la pena ir a la cárcel. Por distribuir información sobre control de natalidad fue encarcelada en 1916 acusada de violación de la Ley Comstock.

Discutió mucho con su amigo y camarada Max Nettlau, al que llamó “antediluviano” por defender la idea de que en España la mujer deseaba naturalmente tener hijos y se realizaba criando a una gran familia. Le decía que él, como el resto del sexo masculino, sabía muy poco sobre las mujeres:

He visto demasiadas tragedias en la relación entre los sexos, demasiados cuerpos rotos y espíritus mutilados por la esclavitud sexual de las mujeres, para no sentir este tema profundamente, para no expresar mi indignación contra la actitud de la mayoría de vosotros, los hombres. (...) No es verdad que las mujeres quieran tener muchos hijos; no niego que la mayoría quiera tener uno, aunque esto también ha sido exagerado por los hombres. He conocido a un considerable número de mujeres, femeninas a más no poder, que no obstante carecen de ese supuesto instinto innato de maternidad y deseo de hijos. (...). Incluso si damos por hecho que toda mujer quiere ser madre, a menos que sea tremendamente ignorante y pasiva querrá tener sólo los hijos que decida tener. (...). Ciertamente, los hábitos y tradiciones desempeñan un importante papel a la hora de crear deseos artificiales que pueden llegar a constituir una segunda naturaleza. (...). La Iglesia, especialmente la Iglesia católica, ha hecho todo lo posible para imprimir en la mujer la idea de que debe vivir de acuerdo con el dictado de Dios de multiplicarse pero te interesaría saber que, entre las mujeres que acuden a las clínicas de control de la natalidad, las católicas,



independientemente del poder que el sacerdote tenga sobre ellas, representan un porcentaje muy alto. Me podrás argumentar que en América están ya infectadas por el 'horror de los horrores' de la limitación del número de nacimientos. Bien, si fuera posible llegar a las mujeres en España a través de conferencias sobre métodos de control de natalidad, me encantaría hacer un test sobre cuántas apoyarían tu concepción romántica y cuántas mi sugerencia de limitar 'artificialmente' el número de nacimientos. Me temo, querido camarada, que perderías la apuesta. (IISH, roll 963)

La correspondencia entre Goldman y Nettlau muestra una fuerte disparidad de criterios, tanto sobre sus visiones de España –mucho más negativa en el caso de Goldman, sobre todo en lo que atañe a la situación de la mujer– como sobre sus actitudes respecto a la maternidad. Goldman le contaba lo impresionada que se había sentido en España ante el absoluto sometimiento de la mujer al hombre. Nettlau, muy inclinado a defender a ultranza a los camaradas españoles, reprochaba a Goldman su visión superficial y poco fundada por haber tenido ocasión de conocer España solo durante una breve visita. Ella se defendió entonces recordándole que en Estados Unidos había estado durante 35 años en contacto con inmigrantes españoles, que había visto cómo eran las relaciones entre los hombres y las mujeres, españoles e italianos, y que podía asegurar que, entre los pueblos latinos, a las mujeres se las consideraba claramente inferiores. En respuesta a una carta de Nettlau en que éste le anunciaba el nacimiento de la hija de Federica y aprovechaba para criticarla por negarse a tener hijos, ella se defendía:

Mi querido camarada: siendo como eres un historiador, un hombre tan preciso en tu trabajo, te considero culpable de exageración cuando me reprochas mi oposición a los hijos. Admito que considero que traer camadas de hijos a este mundo es un crimen. Pero eso, por supuesto, no significa que niegue a la mujer su derecho a tener un hijo. El sentimiento maternal ha sido siempre demasiado fuerte en mí para negarlo. Estoy por consiguiente encantada de que nuestra querida camarada (Montseny) sea la orgullosa madre de una hija. Estoy segura de que ella misma negaría el derecho a ser considerada una incubadora destinada a parir un hijo tras otro sin nada que ofrecerles. Por lo demás, es muy fácil para un hombre alegrarse por el nacimiento de un hijo cuando es la mujer la que paga el precio. De todas formas, querido camarada, siendo el ardiente anarquista que eres, me perdonarás si te digo que en algunos aspectos eres muy antediluviano. (IISH, roll 963)⁵

Goldman actuó siempre según sus particulares criterios, en ocasiones a contracorriente de muchos de sus propios correligionarios. Era apasionada, vitalista, amante de los placeres de la vida. Cuando sus camaradas le reprocharon su gusto por el baile como una frivolidad inapropiada en una verdadera revolucionaria, ella contestó que no merecía la pena luchar por una revolución donde no se pudiera bailar. La vida –dijo– sería insoportable sin las cosas bonitas, como las flores, la música, los libros, el teatro... y, por supuesto, el amor romántico. No creía que fuera necesario renunciar a ellas para ser una buena revolucionaria (Goldman, *Viviendo II* 57).

⁵ Para entender en toda su dimensión esta polémica hay que tener en cuenta que el anarquista austriaco era un absoluto enamorado de España, y un amigo incondicional de la familia Urales. A Federica le tenía un especial afecto paternal. Cuando la conoció, siendo ella muy joven, le impresionaron su energía, su incansable actividad y su gran fuerza de voluntad, que para él era el símbolo mismo de la juventud española guiada por altos ideales (Rocker 236).



El activismo de Goldman fue multidimensional. No militó en ningún sindicato u organización. Se sentía mucho más cómoda en una estructura, típicamente anarquista, de pequeños grupos de afinidad. Llevó a cabo, en solitario o con un grupo reducido de amigos y colegas, todo tipo de campañas a favor de la libertad y la justicia social, tal y como ella las entendía: a favor de los derechos sindicales, de la libertad de expresión, de la independencia cubana, de la escuela libre, en contra del militarismo, del reclutamiento forzoso en la guerra europea... Y, por supuesto, a favor del amor libre, la libertad sexual y la emancipación femenina. De hecho, son estos temas, más que sus teorías políticas, los que han hecho que la figura de Goldman sea hoy en día objeto de atención e interés.

Federica, en cambio, una vez superada la etapa de juventud, no volvió a interesarse de modo especial por estas cuestiones. La política irrumpió entonces con fuerza en su vida. En 1931 se afilió a la CNT, en el Sindicato de Oficios Varios o Profesionales Liberales, ya que nunca fue obrera. Y en 1936 también a la FAI, identificándose cada vez más con la postura dura e intransigente que esta última organización defendía. Durante la República, gracias a sus multitudinarios mítines y sus múltiples artículos, no ya sólo en la editorial familiar sino en periódicos como *Solidaridad Obrera*, principal órgano de expresión de la CNT, donde tuvo una sección fija semanal desde 1933, Federica alcanzó una popularidad que sobrepasó a la de su padre. Se sentía, a punto de cumplir los 30 años, plenamente segura de sí misma, de su capacidad, y tenía, cada vez más, sus propios criterios. Los caracteres de padre e hija acabaron chocando. Para no romper la armonía familiar, el padre accedió a regañadientes a dar la dirección de *La Revista Blanca* a su hija, pero ambos terminaron distanciándose. La guerra civil fue la época en que Federica alcanzó el cenit de popularidad y protagonismo cuando, con 32 años, llegó a ministra de Sanidad y Asistencia Social, aunque gran parte de sus proyectos sociales al frente del Ministerio no pasaron del papel, a causa de lo breve de su gestión –seis meses– y de las necesidades de la guerra, que obligaban a aplazar todo lo demás. Fue entonces cuando las diferencias entre padre e hija se agrandaron. Finalmente, a mediados de 1937, Federico Urales, en una durísima carta, planteó a su hija una total e “irrevocable” ruptura afectiva y el firme propósito de no volver a dirigirle la palabra. Le reprochaba su mal carácter, su falta de cariño y de sentimientos. La acusaba de actuar movida por la vanidad y la soberbia; la llamaba engreída, despótica, dominadora. Criticaba que la popularidad y el cargo de ministra se le hubieran “subido a la cabeza” (Tavera 236). La carta de seis folios (reproducida por Lozano 244-248) fue enviada a Valencia y está datada el 1 de abril de 1937 con el encabezamiento “a la compañera Federica Montseny”. Afortunadamente para Federica, su padre no aireó públicamente la ruptura, lo que hubiera supuesto un duro golpe para ella, dada su relevancia pública en aquellos momentos y las críticas a las que estaba siendo sometida, tanto fuera como dentro del movimiento anarquista.⁶

Tampoco sale nada bien parada por parte de algún compañero, como Juan García Oliver, que habla de ella en sus memorias con enorme antipatía, describiéndola como alguien de escasa integridad, egocéntrica, controladora, vengativa, que aspiraba a ser la

⁶ En el cataclismo del final de la guerra, Federica, sin embargo, se responsabilizó de su padre, viejo, enfermo y casi ciego, nada más pasar la frontera en 1939, de modo que cabe pensar que en aquellas duras circunstancias padre e hija hicieron las paces (Tavera 252).



mujer más conocida de España, “ufana de haber llegado a ministra” (García Oliver 330), pero que no consiguió eclipsar el carisma de Pasionaria (258).

Sin duda, Federica y Emma eran mujeres fuertes que no se dejaban dominar por nadie. Pero creo que, si hablamos de humanidad, de capacidad de identificación con los más desvalidos, la balanza se inclina del lado de Goldman, en cuyos escritos se percibe una fuerte empatía hacia todos los desfavorecidos de la sociedad, y hacia las mujeres en particular: las mujeres obreras, las mujeres que conoció en prisión, o las prostitutas, éstas últimas no sólo por la clase social a la que pertenecían sino por su desafío a la moral sexual puritana que Goldman consideraba totalmente hipócrita.

La empatía de Federica con sus compañeras de sexo es mucho menor. Educada desde el mismo momento de su nacimiento para ser una mujer emancipada, Federica consiguió desde luego serlo. Su propia experiencia, nada habitual en la gran mayoría de las mujeres españolas, la llevó a considerar que cualquier mujer, si se lo proponía, podía emanciparse y protagonizar su vida. Sólo hacía falta –decía– energía y voluntad para llevar a cabo un cambio interior que las transformara en mujeres libres. “Llevar la vida que deseen sólo depende de las mujeres” (Kaminski 65-66), afirmó. Abogó por un tipo superior de mujer, de firme personalidad y vida independiente. Pero su caso era muy excepcional y esa idea suya de “supermujer”, que respondía muy bien a lo que ella era, no era trasladable al común de las mujeres españolas. Ella misma asumió que era una mujer en un mundo de hombres. En una ocasión afirmó que la mayor parte de sus amistades habían sido masculinas porque era difícil mantener conversaciones serias y profundas con la mayoría de las mujeres de su época (Montseny *Mis primeros* 135, cit. por Tavera 237). Su opinión sobre las mujeres en general, y las españolas en particular –ignorantes, obtusas, cerradas a toda idea de renovación social...– era pésima (Nash, *Mujeres Libres*).

En su madurez, muy segura ya de sí misma, la emancipación femenina se convirtió para Federica en algo secundario. Su enfoque era individualista (cada mujer era responsable de vivir su propia vida, la que ella quisiese) frente a la solución colectiva que proponían las asociaciones específicas de mujeres. Asumió por entero el presupuesto de que no era necesaria ni conveniente una lucha autónoma de las mujeres ya que podía minar la unidad del movimiento. “Los dos sexos están oprimidos, no sólo las mujeres. Eso quiere decir que sólo existe una liberación por la que han de luchar juntos hombres y mujeres” (Kaminski 65-66). Buena parte del anarquismo compartía esa idea de que toda la clase obrera sin distinción de sexos debía luchar unida por la revolución social que, una vez sobrevenida, traería consigo la liberación de todos. De ahí que Federica se mostrase reticente a la creación en 1936 de *Mujeres Libres*, una organización anarquista exclusivamente de mujeres, que partía del principio de que la mujer estaba sometida a una doble opresión, la de clase y la de género, por lo que se hacía necesaria una “doble lucha”: la revolucionaria, contra el sistema capitalista, para eliminar la explotación social y económica y destruir el Estado; y la propiamente femenina, que acabara con la supremacía masculina y las estructuras patriarcales. La mujer, igual que el hombre, debía liberarse del yugo burgués para implantar un modelo social alternativo, pero también debía liberarse ella en tanto que mujer. *Mujeres Libres* pretendía básicamente educar y elevar el nivel cultural de las mujeres obreras para lograr su emancipación y toma de conciencia revolucionaria, de modo que pudiesen incorporarse a la lucha revolucionaria. Creían imprescindible esta tarea, dada la actitud sexista de los propios compañeros de militancia anarquista y la evidencia de una práctica sindical fuertemente patriarcal que marginaba a



las mujeres en los sindicatos y ateneos anarquistas, en clara contradicción con el igualitarismo teórico del ideal anarquista.

El estallido de la guerra civil y la consiguiente necesidad de recurrir a las mujeres para el esfuerzo armado y de retaguardia, potenció a las organizaciones femeninas de todas las orientaciones ideológicas, que vivieron una época de gran efervescencia. En la zona republicana, la revolución social se hizo realidad a través de la colectivización de tierras y fábricas por parte de las organizaciones obreras. Pero la revolución no produjo un cambio en las tradicionales relaciones entre hombres y mujeres ni acarrió la emancipación de la mujer. Por el contrario, continuaron las diferencias salariales en función del sexo y la división sexual del trabajo (Casanova 198-202).

Montseny, sin embargo, no sólo no militó en *Mujeres Libres*, sino que se negó a apoyarla, quizás por la razón fundamental de que podía hacerle la competencia a la CNT.⁷ Ni siquiera fue admitida la presencia de *Mujeres Libres* en el Pleno Regional de 1938, a pesar del enorme esfuerzo que las mujeres habían realizado ya por entonces en la economía de guerra. Sólo se permitió que en la sesión estuviera presente, en calidad de observadora, Emma Goldman.

Por entonces Goldman estaba de nuevo en España. La vida había vuelto a unir a Emma y Federica, aunque en unas condiciones muy distintas a las del primer viaje de aquélla, durante la dictadura de Primo de Rivera. Si en los años veinte, Federica era sólo una joven promesa del movimiento anarquista, ahora estaba en “la década más fecunda y exultante de su vida” (Rodrigo *Federica* 71). Durante la guerra civil alcanzó la cúspide de su liderazgo. Sus arengas levantaban la moral de los milicianos. Goldman, en cambio, era una mujer de 67 años que acababa de recibir uno de los mazazos más terribles de su vida: Alexander Berkman se había suicidado tras una larga agonía a causa de la depresión y del cáncer que padecía. Sumida en una gran desesperanza, cuando aún no había transcurrido un mes desde la muerte de su gran amigo y camarada, estalló en España la guerra y la revolución y encontró entonces un motivo para seguir viviendo, un objetivo claro de lucha que le dio renovadas ansias de vivir. Siguió con pasión y entusiasmo las vicisitudes iniciales de aquella revolución, que, estando ella tan cerca, en el sur de Francia, decidió que tenía que ver con sus propios ojos. Fue una más de los muchos anarquistas extranjeros que se apresuraron a ofrecer su talento, su energía y, si era necesario, su vida, para combatir a las fuerzas franquistas y al mismo tiempo para ayudar a crear una nueva sociedad en la retaguardia. Recibió, por tanto, con inmenso júbilo la invitación de la CNT-FAI a viajar a Barcelona. Fue su viejo amigo y camarada, el periodista anarquista alemán Augustin Souchy, que trataba de organizar la propaganda internacional de CNT-FAI desde Barcelona, el que la invitó, en nombre del movimiento anarquista español, a contribuir a su lucha (Porter 30).

⁷ No obstante, en su corta etapa al frente del Ministerio de Sanidad, Montseny dio cabida en él a la cofundadora de *Mujeres Libres*, Amparo Poch, una médica que había escrito obras como *La vida sexual de la mujer*, en 1932, para inculcar en la mujer obrera el derecho a decidir cuándo y cómo ser madres, tratando de difundir métodos de control de la natalidad en una época y una sociedad en las que era tabú tratar temas de sexualidad e higiene femeninas (Rodrigo *Una mujer libre*, Amparo Poch).



Estoy decidida a unirme a los camaradas de Barcelona y ocupar mi sitio junto a ellos en su heroica lucha. Su llamamiento es lo más maravilloso que hubiera podido ocurrirme. Lo más maravilloso que puedo pedir para mí es que el final de mi vida y de mi actividad sea morir luchando. (IISH, roll 963)

Goldman era por entonces una mujer relativamente conocida e influyente entre los anarquistas españoles, que habían podido leer sus escritos traducidos en la prensa anarquista española, así como en folletos baratos que se distribuían entre los obreros.

La guerra civil española supuso para Emma “el gran drama final de su vida” (Porter 7) y la culminación de su larga trayectoria revolucionaria. En sus memorias, Montseny habla de una visita de Goldman a España durante la República, pero sabemos por la correspondencia de Goldman que ésta no se produjo.⁸ Visitó España tres veces durante la guerra, en cada ocasión durante un periodo de entre dos y tres meses. Un primer viaje, entre septiembre y diciembre de 1936, y otros dos, en el otoño de 1937 y de 1938, éste último cuando ya eran pocas las esperanzas de derrotar a los franquistas, y menos aún de salvar la revolución. Pasó la mayor parte del tiempo de aquellas visitas viajando por las diferentes zonas de la España republicana, visitando fábricas y granjas colectivizadas, hospitales, e incluso cárceles. No obstante, su desconocimiento del idioma español le dificultó la tarea y, a pesar de su gran interés por permanecer en el centro mismo de la revolución, su disciplina internacionalista la llevó a aceptar, aunque a regañadientes, su traslado a Gran Bretaña donde los camaradas españoles consideraron que su esfuerzo a favor de la revolución española podía ser más valioso. Fue nombrada representante de la CNT-FAI en Londres para la campaña de propaganda y allí estuvo durante la mayor parte de la guerra, tratando de organizar la ayuda y la solidaridad extranjera hacia la España republicana, aunque al final resultó un esfuerzo poco fructífero ya que el apoyo material exterior a la República no fue sustancial ni muy efectivo, sobre todo si se compara con el recibido por los sublevados franquistas.

Desde el inicio de la revolución en España hasta su colapso final, Goldman permaneció apasionadamente comprometida con la suerte de sus camaradas españoles. Aunque fue en ocasiones muy crítica con la trayectoria del anarquismo en la guerra, como se comprueba en su correspondencia privada,⁹ en público siempre defendió a sus colegas españoles de la CNT-FAI y lo siguió haciendo desde Canadá en su último año de vida. No

⁸ Durante el invierno de 1932 pensó en pasar seis meses en España para ver con sus propios ojos cuál era la situación tras el advenimiento de la República. Su idea era recoger suficiente material para un libro, o al menos para una serie de artículos. Otro factor por el que se inclinaba a hacer el viaje, esencial para ella dada su escasez de recursos, era que España era un país barato. Pero no llegó a realizarlo, en gran parte porque Max Nettlau, a quien solicitó ayuda para su preparación, se mostró muy reticente y no lo facilitó, quizás porque temía, como le insinuaba Goldman en una carta, que a ella no le gustase todo lo que viera en España y se atreviera a criticar a los camaradas españoles. Ella, que creía que él tendía “a ver todo demasiado color de rosa”, no le ocultó que, si encontraba algo criticable, nadie podría disuadirla de decirlo en voz alta. Nettlau, además, se tomó muy a mal que Goldman le dijese que prefería no alojarse en casa de los Urales para poder conservar su independencia y mantenerse “en terreno neutral”, evitando mezclarse en las peleas de los distintos grupos anarquistas españoles. Por entonces había estallado el conflicto de los “treintistas” a los que Federica criticaba de forma furibunda.

⁹ No le gustó nada, por ejemplo, la entrada de los anarquistas en el gobierno, que consideró una “terrible equivocación”, así como el pacto con los comunistas que para ella era intolerable, sensible como era a la deriva totalitaria de Stalin y sus crímenes en Rusia.



obstante, defendió a ultranza la libertad de crítica y discutió ásperamente con Max Nettlau cuando éste llamó traidores a todos los que se atrevieron a criticar, siquiera ligeramente, la trayectoria de los líderes anarquistas españoles en el transcurso de la guerra. Federica, a la que no había gustado Emma Goldman cuando la conoció en casa de sus padres en 1928, dice en sus memorias que,

Después, tratada más íntimamente y durante nuestra guerra, aprecié su juicio certero, el amor que nos tenía y sus dotes excepcionales de pensadora y luchadora. Fue una de las personas que más abnegadamente nos ayudaron, recorriendo el mundo entero en busca de fondos para los revolucionarios españoles. (Montseny, *Mis primeros* 83)

Pero, incluso en aquel último capítulo de la vida de Emma Goldman, salieron con toda claridad a relucir las muy diferentes perspectivas de las dos mujeres anarquistas de las que venimos ocupándonos con respecto a la emancipación femenina. Goldman ofreció encantada su colaboración a *Mujeres Libres* cuando se la pidieron (*Mujeres Libres* a Goldman, 17 abr. 1936, cit. por Nash Rojas 130), escribiendo el artículo "Situación social de la mujer" en la revista *Mujeres Libres* (VIII mes de la Revolución) porque, al contrario que Montseny, creía necesario que las mujeres luchasen contra la opresión específica que sufrían por el hecho de serlo. Por supuesto que, en tanto que anarquista, consideraba que la lucha central debía ser contra la opresión económica de toda la clase obrera, pero no por ello creía que debía descuidarse la lucha contra la discriminación femenina en una sociedad patriarcal. Ella, en sus discursos y escritos, trató de animar a las mujeres a luchar contra unas estructuras sociales que constreñían sus posibilidades vitales. No había que esperar a la revolución. Había que ir preparando el camino. Sobre la necesidad de trabajar a favor de las libertades individuales como forma de preparación para la futura revolución, Goldman es muy clara:

Creo que la equivocación, tanto en las filas socialistas como anarquistas, fue el no entender la necesidad de prepararnos hoy para lo que vendrá mañana. Me refiero a que se consideró que la libertad y el respeto de los derechos individuales caerían del cielo como el maná el día después de la Revolución. No se ha hecho suficiente hincapié en la necesidad de preparar al individuo tanto como a las masas para el control de los acontecimientos tras la revuelta. Sin duda éste ha sido el gran error del pasado. (ISH, roll 963)

Consideraba fundamental una solidaridad de sexo:

Nunca el esclavo ha sido liberado por su amo; sólo podrá conseguir su emancipación mediante el espíritu de solidaridad con sus compañeros de esclavitud. Del mismo modo, la solidaridad de sexo entre las mujeres les ha dado, creo, una fuerza y un ímpetu tremendos en su lucha para asegurarse su derecho a un puesto en el mundo, su derecho a ser ellas mismas. (Weiss & Kensinger 262)

La lucha de *Mujeres Libres* era la suya, así que trató de recabar para ellas el apoyo de los líderes de la CNT, escribiendo al Secretario general, Mariano R. Vázquez, *Marianet*:

Mujeres Libres no recibe ninguna ayuda [...] y se ve postergada en todas partes [...] Debes saber que hace años que vengo luchando por la emancipación de la mujer, es natural que me interese por el movimiento de *Mujeres Libres*, y estoy muy sorprendida de que nuestra organización de la CNT, de la FAI y hasta las Juventudes Libertarias hayan hecho tan poco en su beneficio y demuestren tan poco interés. (Ackelsberg 230)



No consiguió que Federica, ni *Marianet*, ni ningún líder de la CNT se tomase interés. *Mujeres Libres* nunca encontró un reconocimiento oficial dentro del movimiento anarquista hispano.

A pesar del indudable esfuerzo realizado por *Mujeres Libres* para elevar el nivel cultural de las mujeres, resulta sorprendente, no obstante, que dicha organización apenas dedicara atención a los temas de libertad sexual, contracepción y aborto. Mary Nash ha señalado que la legislación del aborto introducida en Cataluña no fue consecuencia de una movilización de mujeres, ni estuvo en el programa de ninguna de las organizaciones femeninas que participaron en la lucha antifascista; por lo demás, el tema siguió considerándose socialmente tabú, las mujeres apenas utilizaron la posibilidad del aborto legal y, en cambio, siguieron practicando, como había ocurrido tradicionalmente, el aborto clandestino.

La mayor preocupación de *Mujeres Libres* fue educar a las madres acerca del cuidado infantil, llevando a cabo campañas de puericultura y a favor de la lactancia natural (Ackelsberg 96-201). "Sus campañas educativas se limitaban a la preparación para la maternidad, el cuidado de los niños y algunos conocimientos elementales de anatomía" (Nash, *Dos intelectuales* 143). No desafió el discurso de la domesticidad ni tomó en consideración problemas tales como la división sexual del trabajo. Quizá en la moderación del discurso de *Mujeres Libres* influyese la voluntad de llegar al máximo número posible de mujeres. La mayor parte de las militantes anarquistas, ya fuesen favorables o no a la organización femenina, exaltaban la maternidad como eje central de la identidad femenina,¹⁰ y no cuestionaban que la responsabilidad del cuidado de los hijos recayera exclusivamente en las mujeres (Espigado, *Las mujeres en el anarquismo* 71).

En la práctica, en el movimiento anarquista español persistieron los viejos esquemas de la sociedad patriarcal. Los prejuicios ancestrales no se borraban fácilmente. En la España de los años 30, en la mentalidad de los hombres, incluidos los de los partidos de izquierda, existía aún mucha reserva, e incluso rechazo, a la intervención de la mujer en la vida política. Mujeres como Federica Montseny, Dolores Ibárruri o Margarita Nelken chocaban con prejuicios muy arraigados, incluidos los de muchos de sus propios compañeros de militancia, algunos de los cuales eran directamente misóginos. La propia Federica, a pesar de su educación anarquista, no estuvo libre de la moral tradicional y los prejuicios sexistas.

En el último capítulo de la vida de Goldman, en el transcurso de la guerra civil española, su afán por ayudar a las mujeres y, en concreto, a la organización *Mujeres Libres*, muestra, una vez más, las claras diferencias con respecto a Montseny. A pesar de ser las dos anarquistas y las dos mujeres, sus ideas sobre la liberación femenina y la libertad sexual, como hemos venido explicando a lo largo de este trabajo, difieren considerablemente. Goldman fue mucho más audaz, se atrevió a llevar al debate público temas que pertenecían a la intimidad, a la esfera privada de la gente, y de ahí en gran parte que sea una figura mucho más atractiva para las nuevas generaciones que Montseny.

¹⁰ Hubo, no obstante, alguna dirigente con una postura más radical e innovadora, como Lucía Sánchez Saornil, pero fue una excepción y cabe preguntarse, como ha hecho Mary Nash, si el hecho de que ella, contrariamente a la generalidad de las mujeres anarquistas, considerara que la maternidad era tan solo una opción entre otras, puede deberse a su propia experiencia vital en tanto que lesbiana (Nash, *Dos intelectuales*).



Desde que fue redescubierta por el movimiento de mayo del 68 y por la Nueva Izquierda en los 70, Emma Goldman ha ejercido y sigue ejerciendo una gran fascinación en gentes de la izquierda en todo el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Ackelsberg, Martha. *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Virus, 1999.
- Alcalde, Carmen. *Federica Montseny: palabra en rojo y negro*. Argos Vergara, 1983.
- Alexander, Robert J. *The Anarchists in the Spanish Civil War*. Janus Publishing Co, 1998.
- Avrich, Paul. *The Haymarket Tragedy*. Princeton University Press, 1984.
- Berkman, Alexander. *The Bolshevik Myth (Diary, 1920-1922)*. Hutchinson, 1925.
- Casanova, Julián. *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa*. Siglo XXI, 1985.
- Calvo Pastor, Honoria. "El arquetipo femenino" en las novelas de Federica Montseny." *Desde Andalucía. Mujeres del Mediterráneo*. editado por Sevilla, Arriaga, Mercedes, Baca, Jesús et al., ArCiBel Editores, 2006, pp. 76 – 91.
- Chalberg, John. *Emma Goldman: American Individualist*. HarperCollin, 1991.
- Culla i Clarà, Joan B. "Paradojas de una figura." *El País*. 16 de enero de 1994.
- Drinnon, Richard. *Rebel in Paradise*. University of Chicago Press, 1961.
- Drinnon, Richard and Anna Maria (eds.). *Nowhere at Home*. Schocken Books, 1975.
- Espigado, Gloria. "Amor y deseo en los medios anarquistas. La Victoria de Federica Montseny, escritos en defensa de Clara". *Mujer y deseo. Representaciones y prácticas de vida*. editado por Gloria Espigado et al., Universidad de Cádiz, 2004, pp. 56 - 82
- . "Las mujeres en el anarquismo español.", *Ayer*, 45, 2002, pp. 39-72.
- Falk, Candace Serena. *Love, Anarchy and Emma Goldman*. Rutgers University Press, 1990 (1984).
- . "Introduction." *Emma Goldman. A Documentary History of the American Years, vol. I: Made for America. 1890-1901*. University of California Press, 2003.
- Frankel, Oz. "Whatever happened to "Red Emma"?: Emma Goldman, from alien rebel to American icon." *Journal of American History*, 1996, pp. 903-942.
- García Oliver, Juan. *El eco de los pasos*. Ruedo Ibérico, 1978.
- Gay, Martin and Kathlyn. *The Importance of Emma Goldman*. Lucent Books. 1997.
- Glassgold, Peter (ed.). *Anarchy!: An Anthology of Emma Goldman's Mother Earth*. Counterpoint, 2001.
- Goldman, Emma. *My disillusionment in Russia*. C. W. Daniel Company, 1925.
- . *Anarchism and Other Essays*. Dover Books, 1969.
- . *Viviendo mi vida*. Fundación Anselmo Lorenzo, 2 vols., 1996.
- Goldman Papers Project, The Emma*. <http://sunsite.berkeley.edu/Goldman>. Consultado el 15 May. 2018.
- Goldman, Emma: The Anarchist Guest*. Dirigido por Coleman Romalis. Toronto, 2000.
- Goldman, Emma: An Exceedingly Dangerous Woman*. Escrito, producido y dirigido por Mel Bucklin; color; 90 minutos. Distribuido por PBS, 2004.



Gutiérrez Álvarez, J. L. "Federica Montseny, entre el ideal y las circunstancias." <http://www.espacioalternativo.org>. Consultado el 20 Aug. 2019.

Gutiérrez Molina, José Luis (coord.). *Federica Montseny en Andalucía, verano de 1932*. Las Siete Entidades, 1994.

Jackson, S. "Letters to Ben Reitman, 1909-1919." *Women and Romance: A Reader*. editado por S. Ostrov Weisser, New York University Press, 2001.

Kaminski, Hanns Erich. *Los de Barcelona*. Ediciones del COTAL, 1977.

Kissack, Terence. *Free Comrades. Anarchism and Homosexuality in the United States. 1895-1917*. AK Press, 2008.

Liaño, Concha et al. *Mujeres Libres. Luchadoras Libertarias*. Fundación Anselmo Lorenzo, 1999.

Lozano, Irene. *Federica Montseny, una anarquista en el poder*. Espasa, 2005.

Marín Silvestre, Dolors. *Ministros anarquistas: la CNT en el gobierno de la II República (1936-1939)*. Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2005.

Marín Silvestre, Dolors y Palomar i Abadía, Salvador. *Els Montseny Mañé: un laboratori de les idees*. Arxiu Municipal de Reus, 2006.

Marso, Lori Jo. "A Feminist Search for Love: Emma Goldman on the Politics of Marriage, Love, Sexuality and the Feminine." *Feminist Thinkers and the Demands of Femininity. The Lives and Work of Intellectual Women*. editado por Lori Jo Marso, Routledge, 2006, pp. 26 – 54.

Montero Barrado, Jesús M^a. *Anarcofeminismo en España. La Revista Mujeres Libres antes de la guerra civil*. Fundación Anselmo Lorenzo, 2003.

Montseny, Federica. *El derecho al hijo*. Publicaciones de la Revista Blanca, nº 115, 1920.

---. "La falta de idealidad en el feminismo." *La Revista Blanca*. vol. 2, no. 13, 1 dic. 1923, p. 3.

---. "Feminismo y humanismo." *La Revista Blanca*, vol. 2, no. 33, 1 oct. 1924.

---. "La mujer, problema del hombre (III)." *La Revista Blanca*. 1abr. 1927, pp. 656-659.

---. "La mujer, problema del hombre (IV)." *La Revista Blanca*. 15 abr. 1927.

---. *La Victoria. Novela en la que se narran los problemas de orden moral que se le presentan a una mujer de ideas modernas*. Ediciones de La Revista Blanca, 1925.

---. *El problema de los sexos. Matrimonio, unión libre y amor sin convivencia*. Ediciones Universo, 1950.

---. *El éxodo, pasión y muerte de los españoles en el exilio. Seis años de mi vida, 1939-1945*. Galba, 1977.

---. *Mis primeros cuarenta años*. Plaza y Janés, 1987.

Moritz, Theresa and Albert. *The World's Most Dangerous Woman: A New Biography of Emma Goldman*. Subway Books, 2001.

Morton, Marian. *Emma Goldman and the American Left: Nowhere at Home*. Twayne, 1992.

Nash, Mary. "Dos intelectuales anarquistas frente al problema de la mujer: Federica Montseny y Lucía Sánchez Saornil". *Convivium*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, 1975, no. 44 - 45.

---. *Mujeres Libres. España, 1936-1939*. Tusquets, 1975.



- . *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*. Denver, 1995.
- . "La reforma sexual en el anarquismo español". *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*. editado por Ben Hofmann, Vervuet Iberoamerican, 1995, pp. 76 – 97.
- . *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Taurus, 1999.
- Peirats, José. *Emma Goldman: Anarquista de ambos mundos*. Campo Abierto Ediciones, 1978.
- Pons, Agustí. *Converses amb Federica Montseny*. Laia, 1977.
- Porter, David (ed.). *Vision on Fire: Emma Goldman on the Spanish Revolution*. AK Press (2ª ed.), 2006.
- Rocker, Rudolf. *Max Nettlau: El Herodoto de la Anarquía*. Ediciones Estela, 1950.
- Rodrigo, Antonina. *Mujeres de España*. Plaza & Janés, 1979.
- . *Una mujer libre. Amparo Poch y Gascón, médica y anarquista*. Flor del Viento, 2002.
- . *Amparo Poch y Gascón. Textos de una médica libertaria*. Diputación de Zaragoza, 2002.
- . *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*. Carena, 2002.
- . *Federica Montseny*. Ediciones B., 2003.
- Roediger, David and Rosemont, Franklin (eds.). *The Haymarket Scrapbook*. Charles H. Kerr Publishing, 1986.
- Rudahl, Sharon. *Dangerous Woman: The Graphic Biography of Emma Goldman*. New Press, 2007.
- Salomon, Martha. *Emma Goldman*. Twayne, 1987.
- Scanlon, Geraldine M. *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*. Akal, 1986.
- Shulman, Alix Kates. *To the Barricades: The Anarchist Life of Emma Goldman*. Crowell, 1971.
- , editor. *Red Emma Speaks. Selected Writings and Speeches by Emma Goldman*. Vintage Books, 1972.
- Sueiro Seoane, Susana. "De Johann Most a Emma Goldman: el anarquismo en los Estados Unidos de América. *El nacimiento del terrorismo en Occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*. editado por Avilés Juán y Herrerín Ángel. Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 104 -126.
- . "El asesinato de Canalejas y los anarquistas españoles en Estados Unidos." *El nacimiento del terrorismo en Occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*. editado por Avilés Juán y Herrerín Ángel, Siglo XXI, 2008, pp. 37 – 51.
- Tavera, Susanna. *Federica Montseny. La indomable*. Temas de Hoy, 2005.
- Trimberger, Ellen Kay. "Feminist, Men and Modern Love: Greenwich Village 1900-1925." *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*. editado por Ann Snitow, C. Stansell and S. Thompson, Monthly Review Press, 1983, pp. 45 – 62.
- Urales, Federico. "Responsabilidad, personalidad, descendencia", *La Revista Blanca*. vol. 3, no. 41, 1 feb. 1925, pp. 81– 96.
- Weiss, Penny A. and Kensinger, Loretta. *Feminist Interpretations of Emma Goldman*. The Pennsylvania State University Press, 2007.
- Weisser Ostrov, Susan, *Women and Romance: A Reader*. New York University Press. 2001.



Wexler, Alice. *Emma Goldman: An Intimate Life*. Pantheon Books, 1984.

---. *Emma Goldman in America*. Beacon Press, 1986.

---. *Emma Goldman in exile: From the Russian Revolution to the Spanish Civil War*. Beacon Press, 1989.

MATERIAL DE ARCHIVO:

Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, IISH, Max Nettlau Papers, roll 963.

Susana Sueiro Seoane es Catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid). Desde 2006 su principal línea de investigación son las redes internacionales del anarquismo en el tránsito del siglo XIX al XX, centrándose en los aspectos culturales y de socialización de los obreros inmigrantes anarquistas que, procedentes de Europa, se establecieron en diferentes países de América Latina y EEUU. Sus últimas publicaciones son: "Anarquistas españoles en Estados Unidos: Pedro Esteve y el periódico *El Despertar de Nueva York* (1891-1902)", en Julio Cañero (ed.), (2017) y "El periódico *El Esclavo* de Tampa y la red anarquista hispano-cubana en los Estados Unidos a finales del siglo XIX", en Carlos Aguasaco (ed.), (2018).

ssueiro@geo.uned.es